

# ST. JOHN'S AT DIOCESAN CENTER IGLESIA EPISCOPAL DE SAN JUAN

23 E. Airy Street | Norristown PA 19401 | (610) 272-4092



## BAUTIZADO CON FUEGO

**Rvd. Andrew F. Kline**

Texto del Sermón predicado el Primer Domingo después Epifanía  
9 de Enero, 2022

ISAÍAS 43:1-7 | SALMO 29

HECHOS 14:14-17 | SAN LUCAS 3:15-17,21-22

¿Nos reunimos en el río? ¿Nos reuniremos en el río que fluye del mismo trono de Dios? Vendremos con toda la expectación del pueblo al río Jordán, con la visión y conocimiento del profeta Juan. Hoy, en esta celebración del Bautismo de nuestro Señor, podemos acercarnos con el corazón, la mente y el alma al hijo de María, hijo de Dios, Jesús de Nazaret.

Desde antes de que pudiera recordar había escuchado y seguido una voz. Le señaló la belleza y el terror de la naturaleza, y le habló al viento. Había entrelazado capítulos de historias sagradas y resaltado los patrones conectados de ritual y sacrificio. La voz abrió las puertas del templo y se posó sobre aquellos maestros que hablaban llana y honestamente, y lo sacudieron en presencia del engaño y la mentira. Había centrado su atención en lo que llegó a llamar el negocio de su padre, los pobres, los desamparados, los oprimidos y los poderes que nos encarcelan aquí.

Le cree al salmista y al profeta cuando testifican del poder de su Padre para moldear nuestro destino, cuando afirman: “Te conocí en el vientre de tu madre”. Un día compartió con su madre un recuerdo de un ser en las cálidas aguas de su vientre, y aún allí, escuchando una voz llamándolo. Ella sonrió y le recordó que Dios apenas cambia nada sin la fe de una mujer. Moisés recogido del Nilo. Hannah decidió buscar alivio a su esterilidad. Sin mencionar las historias familiares de la tía Elizabeth y el tío Zechariah, y su primo John.

Su madre le contó del ángel: cómo el verbo concibió al Verbo. Y el mensaje fue recibido con fe. Él lo sabía. Él lo sabía. No se movió. Descansó allí, plantado, enraizado, firmemente dentro de sí mismo.

Caminó afuera. Sus amigos y vecinos sabían que era diferente, pero no sabían cómo. Ellos, como nosotros, estaban presenciando el secreto al principio de todas las cosas. ¿Qué significaría nacer de nuevo, estar sin pecado? Incluso ellos podían ver su perfecta armonía de pensamiento y acción, de deseo y meta. Nunca levantó la voz. No necesitaba aferrarse y esforzarse. Sus pasiones eran fuertes, su voluntad como el metal moldeado y flexible. Todo lo que quería era servir a otro, escuchar la voz.

Por fin, cuando se acercaba a la tercera década, la voz atrajo toda su atención hacia su herencia. Como si fuera un resumen, le recordó cada pacto y cada promesa, y las grabó como propias. Se volvió personal. Observó la gran angustia y confusión del pueblo, la condición de la nación lejos del alcance del sonido del llamado de su Padre.

Así que siguió sus pasos y siguió esa historia hasta el desierto. El primo John estaba allí, bautizando, llamando a la gente a que volviera a renovar las viejas costumbres. Sin embargo, sabía, en el fondo, que la voz estaba abriendo un nuevo camino.

Y entonces. Vino el sin pecado al Jordán. Lo vemos acercarse, pero ¿qué podemos ver realmente? Se une a los peregrinos reunidos. Él espera su turno. En paz, dispuestos, reunidos en mente y corazón, en concierto, desde lo más profundo, el alma del Verbo hecho carne mueve a Jesús a cruzar la frontera entre la esclavitud y la libertad, la derrota y la promesa, lo viejo y lo nuevo. Se sumerge en el agua.

Allí, en medio del Jordán, en el río, viene a descansar. Su deseo. El deseo de las naciones. Absolutamente quieto. Él mira hacia abajo. Cierra los ojos. Él mira hacia arriba. Él baja al agua. Vuelve a subir por el otro lado para rezar.

Y ahí. Un resplandor. El suelo debajo de él cede cuando el cielo se abre sobre él. La luz intensifica las rocas y la superficie del agua. Algo como el suave roce de un ala lo toca y un delicado soplo se hunde en su cuerpo y alma sin tocar fondo ni barrera.

Un suspiro en su nuca. El peso de una mano sobre su cabeza. Plantado más firmemente, Jesús siente que está naciendo. Del espacio abierto salió una voz (Núm. 7:89), y él oye con gran claridad: Este es mi hijo amado, en quien tengo complacencia.

Piensa mirar detrás de él para ver a quién se está dirigiendo. Pero sabe instantáneamente que la forma del que viene, que había habitado sus sueños, que lo había acompañado en los días de su creciente conciencia, no estaría allí, solo el Espíritu purificador desde adentro. El Hijo del Hombre y Él siempre habían sido uno.

Y luego las palabras del canto de amor de Salomón: Paloma mía en las hendiduras de la peña escondida en la cubierta del peñasco, ¡déjame ver tu rostro, oír tu voz! Porque dulce es tu voz y hermoso tu rostro. (Cantar de los Cantares 2:14)

De repente quietud y el suelo bajo sus pies.

Una oración final: Abba. Padre.

Un fuego ardía en el agua real.

Y la noticia comenzó a correr. Se contaron unos a otros lo que vieron y oyeron. Describieron la forma del espíritu flotante, la paloma celestial. Ellos, como nosotros, parados en esta orilla, se dijeron unos a otros que ellos también podían ver el futuro. Vieron los cielos abrirse. Sintieron el fuego en su interior.